

PROBLEMATICA Y ALTERNATIVAS CULTURALES DE LOS NUEVOS MOVIMIENTOS SOCIALES

JOSE LUIS CASTAGNOLA

"Lo que ocurrió en los sesenta es que sentimos algo nuevo. Entonces no teníamos las palabras para denominarlo, así que utilizamos la retórica radical de los años treinta. ¡E inclusive del siglo diecinueve! Y Este uso inapropiado del lenguaje radical empeoró a principios de la década de los setenta, ... De manera que, en los ochenta, tenemos que reformular lo que comenzó en los sesenta".

Daniel Chon-Bendit - 1986

Solía decir Goethe que la coherencia absoluta termina en la suprema incoherencia. Es ciertamente opinable, y de difícil dilucidación, establecer si esta proposición tiene un valor universal pero es indudable que, en los asuntos humanos, hay numerosos ejemplos de que ello es al menos frecuente. El modo de hacer política de los autoritarismos verificados en las últimas décadas en América Latina, proporciona frecuentes ejemplares de tales circunstancias, en las cuales la persistencia en la consecución de determinados fines termina provocando efectos contrarios a los esperados. Entre éstas se han señalado frecuentemente las paradojas que las condiciones impuestas por estos gobiernos autoritarios en relación con el surgimiento, revitalización y consolidación de los denominados *movimientos sociales*. Hay por lo menos dos muy evidentes. Por una parte este tipo de regímenes, que proscribieron y limitaron la actividad política con el objetivo de desmovilizar y, fundamentalmente, despolitizar la sociedad, obtuvieron como resultado el surgimiento y activación de formas de organización y movilización en múltiples ámbitos de la trama social que, siendo antes anónimos, adquirieron

significado político. Así la estrategia de desmovilización y despolitización de los autoritarismos tendió a reactivar a la sociedad y politizó actividades de la cotidianidad antes ajenas a la vida política. La segunda paradoja muy evidente, y relacionada con la primera, está constituida por el hecho de que la presencia de regímenes políticos autoritarios y excluyentes de la participación social parecen haber permitido una suerte de "edad de oro de los movimientos sociales" en la cual se generaron y experimentaron nuevas formas de participación social extraparlamentaria.

Hoy, en el marco de situaciones con reglas de juego democráticas restablecidas en varios países, entre los cuales se cuenta Uruguay, se evidencia una pérdida de dinamismo, de iniciativa y de convocatoria en los movimientos sociales (en adelante se abrevia MS). Ello es más acusado en el caso de los denominados *nuevos movimientos sociales* (en lo sucesivo NMS) que en los llamados *tradicionales* (sindical, campesino, estudiantil). Todo esto resulta en buena medida explicable en virtud del cambio experimentado por las condiciones políticas en las cuales estos MS, trabajosamente, habían logrado crecer y desarrollarse, explorando formas de organización y acción frecuentemente novedosas en los años anteriores. El aspecto central de este cambio, está determinado por el hecho de que la democratización implica la reconstitución de la esfera política, permitiendo la acción plena de los partidos en un espacio de comunicación pública. Así,

los MS dejan de ser el canal privilegiado de expresión de demandas y de adhesión antiautoritaria que fueron en la etapa anterior. A la vez, para los NMS el cambio de las condiciones políticas plantea mayores exigencias, ya que, en general nacieron en el período de gobierno autoritario, por lo cual el contexto democrático les resulta desconocido. Los MS tradicionales, en cambio, tienen una historia y una experiencia social significativamente más prolongada que les brinda una mejor capacidad de adaptación y una mayor legitimidad como actores sociales en el nuevo contexto democrático.

Las páginas que siguen contienen, por una parte, la identificación sumaria de condicionantes y dinámicas sociales que pautan el fin de aquella "edad de oro de los MS", y por otra, la discusión de algunos componentes culturales que considero centrales para comprender la dificultad que evidencian hoy los MS para redefinir sus pautas de acción y su discurso en el contexto democrático emergente. Todo ello, y en particular lo segundo, asume como punto de partida e intenta, a la vez, fundar la tesis de que un aspecto medular de la pérdida de dinamismo y de convocatoria de los MS en situaciones post-autoritarias está constituido por la carencia de un marco de referencia cultural, capaz de dar cuenta de la especificidad de los MS y de su rol en una sociedad democrática. Los MS, en virtud de sus condiciones de surgimiento o consolidación en una etapa de autoritarismo, así como de las tradiciones ideológicas dominantes de las cuales han extraídos sus modelos culturales de orientación, presentan dificultades intrínsecas a nivel de sus códigos de autocomprensión y de sus lenguajes, que sumadas a condiciones contextuales provocan su pérdida de protagonismo, convocatoria y legitimidad ante el conjunto de la sociedad. Ello, como ya quedó dicho,

es más acusado en el caso de los NMS: éstos experimentan con mayor claridad la insuficiencia de los marcos de referencia predominantes para permitirles hablar, desde un punto de vista propio y específico, acerca de sus preocupaciones particulares a la opinión pública, la pluralidad de grupos constitutivos de la sociedad, los actores políticos y el estado. Dicho en forma abreviada: los MS, y en particular los "nuevos", no disponen de un fundamento cultural apropiado para constituirse en interlocutores consistentes, diferenciados y, por lo tanto, legítimos en el marco de la dinámica democrática actual. El discurso público de los MS, evidencia, en su frecuente superposición e indiferenciación respecto del de algunos actores políticos -en particular de las izquierdas-, la debilidad e insuficiencia de sus marcos de referencia propios. El lenguaje de los MS tiende a superponerse, a menudo puntualmente, con el de actores políticos; lo cual hace inevitable y pertinente recordad a Wittgenstein cuando señalaba que: "*Las fronteras de mi lenguaje significan las fronteras de mi mundo*". (WITTGENSTEIN, 1973 (1918), P. 163).

Expositivamente el texto se ordena en tres partes. En la primera propongo, resumida, una lectura de la "crisis" o decaimiento de los NMS en la transición a la democracia, desde el punto de vista de los procesos de recomposición de las identidades sociales que se verifican en aquélla. Es precisamente este proceso de recomposición o redefinición de identidades sociales lo que evidencia, según el enfoque que se adopta aquí, las debilidades e insuficiencias de los marcos de referencia cultural predominantes en los MS. En la segunda parte, también en forma esquemática, presento algunos factores que considero relevantes para comprender la debilidad e insuficiencias del fundamento cultural de los NMS, en particular para el caso

uruguay. En la tercera busco identificar los ejes centrales del desafío cultural que se les plantea a los NMS, de acuerdo con el análisis precedente, discutiendo algunos de sus aspectos sustantivos.

1. Identidad y conflictos de lealtades en la transición

Todo miembro de una sociedad tiene a participar, adherir o manifestar lealtad a diversos grupos o ámbitos sociales. Esto es particularmente cierto en el caso de las denominadas sociedades complejas, que surgen a partir de la revolución industrial. Cada uno de nosotros se siente participe o adherente (según los casos) a una familia, a un cierto grupo profesional o laboral, a instituciones culturales o deportivas, a partidos políticos, organizaciones sociales, etc. Es constitutivo de la vida en las sociedades complejas el que la integración social de los individuos se verifique por la vía de múltiples ámbitos de interacción.

En algunos casos esa pertenencia o adhesión se verifica por expresa voluntad de los sujetos y en otros porque la sociedad impone esa pertenencia (integración por opción o por reclutamiento). La forma de resolver esas pertenencias o integraciones múltiples presenta para cada individuo, según sus particulares circunstancias, una serie de alternativas entre las cuales elige.

Esta elección se realiza sobre la base de dos operaciones básicas: por una parte hay una elección de adherir o participar en ciertas organizaciones o ámbitos de interacción social que se le presentan como de integración voluntaria; por otra parte hay una operación de jerarquización de esas múltiples pertenencias o adhesiones (tanto las voluntarias como las impuestas) que determina intensidades de la participación efectiva y de la adhesión afectiva en cada caso. Estas operaciones descritas no se

verifican en forma ordenada y con una racionalidad consciente en todos los casos, sino que se operan procesualmente en diversas circunstancias de la biografía de los sujetos. Este es el proceso de constitución de identidad social de los actores individuales. Estos modos de resolver pertenencias y adhesiones a grupos y ámbitos múltiples es lo que constituye el núcleo de la identidad.

La identidad, así definida, se caracteriza por su necesaria inestabilidad, en la medida en que cambios en el contexto social pueden imponer nuevas adhesiones o el abandono de otras, así como cambios en su jerarquización. Por otra parte, las diversas pertenencias, adhesiones o lealtades tiene potenciales grados de conflicto entre sí que, ante cierta configuración del contexto social, pueden evidenciarse con mayor intensidad o, por el contrario, a minimizarse. Esto hace que la mutabilidad o los procesos de recomposición de identidades sean claramente dependientes de los cambios sociales, políticos y culturales. En cada momento los sujetos tienden a resolver este particular arte combinatorio de la identidad en forma consistente. Esto es minimizando las tensiones y conflictividad entre las diversas adhesiones, lealtades y pertenencias. Sobre la base de esta elemental exposición del concepto de identidad es posible establecer la importancia de esta problemática para los NMS en la situación post-autoritaria. Hay dos aspectos fundamentales que me interesa señalar.

Primero, las situaciones de transición de regímenes autoritarios a democráticos, en términos generales pero también en particular para Uruguay, implican la recomposición de un espacio comunicativo público sobre la base de actores partidarios que, generalmente, son preexistentes a los periodos autoritarios. Esto significa, en



relación con los NMS, la reaparición de actores políticos que tienen una tradición y una legitimidad anteriores y que, en definitiva, se presentan como objetos de adhesión alternativos. La revitalización de las adhesiones y lealtades políticas en el nuevo contexto democrático induce recomposición de identidades por dos vías básicas: en la medida en que, muchos sujetos incorporan al sistema de sus lealtades una adhesión o participación política que antes no poseían; o bien en la medida en que la nueva situación, con una dinámica política abierta, induce y permite una jerarquización de las lealtades políticas respecto de otras. En el caso uruguayo, al igual que en buena parte de los países latinoamericanos con experiencias recientes de autoritarismos, esta dinámica ha operado intensamente en el sentido de debilitar a los NMS en sus diversos estratos de participación. Ello se explica por dos razones básicas: primero, tiene a existir una alta correlación entre participación en MS, en especial en los niveles dirigentes y medios, y la adhesión a partidos políticos de izquierda que plantean, en general, dinámicas de participación intensas a sus adherentes; segundo, la medida que se reconstituye, la esfera política tiene a asumir un carácter central que debilita el valor simbólico de la participación en los NMS. Así la participación y las lealtades políticas aparecen, según los casos, como nuevas, como más concretas, más exigentes o más relevantes en relación con aquellas referidas a los MS para buena parte de la población.

En el caso uruguayo, además, hay que señalar una alta legitimidad y valor simbólico del espacio político, cuyos componentes básicos explícito en la sección siguiente.

Segundo, es también pertinente indicar que, el propio funcionamiento democrático, en

virtud de sus reglas constitutivas, tiende a imponer dinámicas con mayores potencialidades de cambio e incertidumbre en la vida social, con lo cual incrementa la probabilidad de emergencia de contradicciones y conflictos entre las múltiples adhesiones y lealtades de los ciudadanos.

Este elemento se suma al anterior y provoca un aumento de los conflictos y las dificultades de articulación de adhesiones múltiples en una identidad consistente para los miembros de la sociedad.

Una sociedad democrática es esencialmente dinámica en sus conformaciones, tanto en la esfera de la sociedad política como de la sociedad civil. A la renovación de los núcleos de controversia política, que constituyen en cada momento la agenda del debate, se encuentra asociada necesariamente una potencial redefinición del perfil de los actores políticos y de aquellos actores sociales implicados. Esto supone, entonces, una alta mutabilidad potencial de las adhesiones y lealtades sociales y políticas; cuya verificación efectiva deriva, en cada caso concreto, de la arquitectura global de la sociedad política y de la sociedad civil, así como de las pautas y tradiciones culturales asociadas a aquellas. Por lo tanto, si hay un alto nivel potencial de estímulos para la transformación y mutación de las adhesiones, lealtades y pertenencias sociales o políticas, hay también, potencialmente, una alta dinámica de recomposición de las identidades del ciudadano en toda sociedad democrática. (LECHNER, 1984; CASTAGNOLA, 1985).

En este cuadro dinámico se torna relevante el fundamento cultural que los NMS han podido desarrollar en su historia, en tanto marcos de referencia para la comprensión del contexto social en el cual actúan y para

su autocomprensión. Estos marcos son un elemento central para lograr mantener una capacidad de convocatoria y seguir conformando un objeto de adhesión relevante para sus miembros. En este sentido es elocuente la formulación de Mannheim, quien sostenía: "... pertenecemos al mismo (un grupo) no solo porque hemos nacido en él, no solamente porque declaramos que pertenecemos a él, no, finalmente, porque le concedemos nuestra lealtad y obediencia, sino, primordialmente, porque vemos el mundo y determinadas cosas del mundo como el grupo las ve: es decir, en términos de significaciones del grupo en cuestión. En todo concepto, en toda significación concreta, está contenida una cristalización de las experiencias de determinado grupo" (MANNHEIM, 1958). Este marco de referencia cultural debe aportar, en el caso de los NMS, una autocomprensión en el nuevo contexto democrático, que permita a sus miembros disponer de los elementos para definir con claridad la especificidad del rol de los movimientos y su pertinencia en aquél. Según mi hipótesis, la debilidad evidenciada por los NMS en el nuevo contexto democrático tiene, como uno de sus componentes fundamentales, la ausencia de un sustrato cultural consistente para su autocomprensión como representantes o portavoces privilegiados de determinados grupos particulares con intereses específicos.

II. Las condiciones de la debilidad cultural de los NMS

La aludida debilidad de los NMS en el plano de sus marcos de referencia cultural para adecuarse a las nuevas condiciones democráticas tiene, naturalmente, elementos condicionantes. Estos factores no sólo han operado en el pasado y en el presente para determinar una insuficiente elaboración de los fundamentos de su acción para los NMS sino que también constituyen elementos que deben considerarse por aquéllos en sus

eventuales esfuerzos futuros por dar consistencia a sus marcos de referencia cultural. Muy esquemáticamente presento tres factores que considero relevantes en este sentido: uno relacionado con la tradición política y social uruguaya, otro con las condiciones de surgimiento de los NMS, y el último relativo a los modelos predominantes en la autocomprensión de los NMS en los años pasados.

a) La relevancia de las adhesiones políticas en Uruguay

La consideración de algunos aspectos de la historia social y política uruguaya permiten explicar la relevancia que las adhesiones políticas tienen en este país. En la cultura política uruguaya ocupa un lugar central la institucionalidad democrática y todos los elementos asociados a ella, entre los cuales los partidos políticos ocupan un lugar de alta importancia simbólica.

Ello está a la base de la rapidez con que los partidos, en la transición, retomaron el lugar central en la esfera pública, y de la concomitante debilidad relativa de las instituciones sociales y corporativas. A modo de inventario indico cuatro aspectos, en mi criterio relevantes, para comprender la importancia relativa de lo político, y en particular, de los partidos políticos en tanto objeto de las adhesiones y lealtades en el caso de la sociedad uruguaya.

Primero, como lo ha señalado L.E. González (GONZALEZ, 1986), la estructura política uruguaya presenta características poco comunes para el contexto latinoamericano, en la medida en que: *por lo menos una casi pollarquía desde 1918, y una pollarquía desde los años 40 a los 60*". Agrega que hacia fines de los años 60 la estructura política uruguaya era: *"a) una pollarquía relativamente madura, edificada sobre el más temprano proceso de democratización en América del Sur; y b) el*

único sistema de partidos en el cono sur arraigado profundamente en el siglo pasado, consisten en dos partidos catch all". En relación a esto último puede agregarse que el sistema de partidos nace al promediar el siglo XIX, poco después de la independencia, y mantiene una significativa continuidad en su conformación, registrando transformaciones sucesivas sobre su base original (CAETANO-RILLA, 1985). Esto tiene relación directa con el alto valor simbólico de los partidos y de la correlativa fuerte identificación de todos los sectores sociales con el sistema de partidos, en virtud del carácter marcadamente policlasista dominante en él.

Segundo, los partidos tradicionales uruguayos operan una temprana y eficiente integración de todos los sectores sociales relevantes a la dinámica democrática. La integración política de los diversos sectores sociales, a diferencia de la mayor parte de los países latinoamericanos, no se realiza en el marco de prolongados y agudos conflictos sino de modo relativamente rápido en el marco de un clima democrático para la regulación de los conflictos (GARGIULO, 1986). Por otra parte, es pertinente indicar que los partidos tradicionales uruguayos buscaron una integración de sectores sociales, procurando dar una expresión política a algunas de sus demandas, pero no una penetración de organizaciones corporativas, ni aparecer identificados en exceso con demandas de ese carácter. Este es un componente que marca las relaciones entre el sistema político y el espacio de las organizaciones sociales desde principio del siglo XX. Sociedad política y sociedad civil se encuentran articuladas pero claramente diferenciadas.

Tercero, el personal político de los partidos uruguayos desarrolló una significativa capacidad para cumplir funciones extrapartidarias y de negociación. En

particular en los períodos de gestación y consolidación del sistema político moderno, los mediadores sociales de los partidos cumplen una amplia gama de funciones extrapartidarias de integración social y cultural (PEREZ, 1984). A la vez el personal político de los partidos desarrolló una amplia capacidad de negociación y mediación que permitió la consolidación de un "sistema de compromiso" en el doble plano social y político (REAL DE AZUA, 1984).

Cuarto, por último hay que considerar que en el marco de un sistema político que incorpora tempranamente a todos los sectores sociales significativos a la ciudadanía política, y que ha ejercido un sistema de compromiso en el doble plano social y político, se procesan, por lo menos, dos consecuencias significativas sobre la articulación de la cultura política.

Por una parte, la cultura política asume a la institucionalidad democrática, sus componentes básicos, sus pautas de comportamiento y sus ideologías asociadas, como componentes de su núcleo central y tradicional. Por otra parte, lo anterior en el contexto de una sociedad que por motivos demográficos, económicos, geográficos políticos e históricos carece de elementos de tradición capaces de fundar un firme sentido de pertenencia nacional, pero en la cual se verifica un eficiente y estable funcionamiento del sistema político durante varias décadas contribuyó para que el rasgo de pertenencia a una "sociedad democrática" se convirtiera progresivamente en elemento central del complejo constitutivo de la identidad social de los uruguayos. Esto ha sido indicado por Solari, quien ha establecido la hipótesis de que, en especial a partir de 1930, la legitimidad del sistema político tiende a identificarse con la legitimidad de la nación misma (SOLARI, 1967) Este es otro

elemento sustancial para explicar el alto peso relativo de lo político y de las adhesiones partidarias en Uruguay, lo cual opera en detrimento de otras formas de adhesión.

b) Las condiciones de surgimiento de los NMS

Como segundo aspecto relevante para explicar la debilidad de los marcos de referencia culturales de los NMS creo necesario incluir las características generales en las cuales surgen o adquieren consistencia, según los casos, la mayor parte de los NMS. En la medida que es un tópico conocido y tratado, hago aquí una mención muy escueta de algunos factores centrales.

Primero hay que recordar que los procesos de surgimiento, desarrollo o consolidación tienen a verificarse en un contexto político en el cual hay ausencia de un espacio público abierto. Los regímenes autoritarios regularon desde la esfera administrativo-estatal el espacio público, excluyendo a los actores políticos partidarios más relevantes. Por lo tanto la esfera social tiende a aumentar su relevancia simbólica por ausencia de una esfera política autónoma y plenamente desarrollada.

En segundo lugar, los NMS en ese contexto se encuentran como los principales interlocutores antagónicos de un estado fuerte y excluyente. El estado uruguayo es significativamente importante en virtud de su escala y amplitud de funciones cumplidas, por lo menos durante los últimos ochenta años. Los regímenes autoritarios convirtieron al estado en una institución crecientemente alejada de la ciudadanía, por lo cual los NMS aparecen públicamente en una función de confrontación y presión frente a él. Esto tiende a imprimir un cierto patrón de acción centrado en el aspecto de presión.

Tercero, los mecanismos por los cuales se dinamiza la sociedad civil, en el caso uruguayo, son dos que se realimentan. Por una parte hay una dinámica derivada de los esfuerzos de politización de la sociedad civil encarados por organizaciones políticas imposibilitadas de actuar en el espacio público, que por esta vía mantienen niveles de actividad. Por otra parte hay una dinámica de regeneración y afianzamiento de la sociedad civil ante un contexto en el cual sus organizaciones constituyen la vía casi exclusiva de canalización de demandas (Cfr. CASTAGNOLA, 1986b,p.72).

Estas condiciones de surgimiento o consolidación de NMS pautan una situación de contexto favorable, por una parte, y de énfasis en los aspectos relativos a las estrategias de presión de la autopercepción de los movimientos. Esto debilitó la constitución de una tradición que recoja la dimensión de gestión de problemas o ámbitos sociales específicos que, como expongo en otra parte, (CASTAGNOLA, 1986b) es constitutiva del rol de los MS.

c) Los modelos culturales dominantes en los NMS

Los modelos culturales predominantes en América Latina para la autocomprensión de los NMS tienden a agruparse en dos grandes polos. Por una parte la visión leninista, más tradicional, y por otra la perspectiva que reivindica a los MS como principales actores de la dinámica social y política. No es ésta circunstancia para abundar en ellos, por lo cual me limito aquí a enunciar su principal punto de conflicto y, también, su principal punto de confluencia.

La discrepancia fundamental entre ambas perspectivas está en torno a la relación entre actores sociales y políticos. Para la visión leninista de los MS éstos constituyen

actores que, en última instancia, deben estar subordinados a una dirección política unificada que aporta el partido de vanguardia. En definitiva, los MS no deben tener autonomía real en los aspectos significativos de su acción. Desde esta óptica el rol de los MS es doble y tributario al partido de vanguardia: por una parte operar como elemento de presión y expresión en el espacio público a partir de las directivas de aquél y, por otra, servir como mecanismo de educación y concientización política de las masas no encuadradas en el partido. Para la visión centrada en los movimientos (llamada a menudo movimientismo), éstos constituyen los verdaderos articuladores de los intereses y representantes del pueblo, por lo cual tienden a negar representatividad a los partidos y, por esta vía, a la institucionalidad asociada al régimen representativo en términos más generales. En este caso el modelo cultural apunta hacia un tipo de "democracia de base" (de soviets o consejos) o de tipo "plebiscitario". (Ver PEIXOTO, 1987) En este caso se busca la eliminación de mediaciones para lograr una expresión directa de la base social. Pueden identificarse variantes que van desde versiones en las cuales lo político partidario desaparece, a otras en las cuales se reconoce su necesidad pero como "una porción retrógrada y necesaria" de la existencia de los MS (EVERS, s/f).

El punto de contacto de ambas perspectivas para el tema que nos interesa es la pérdida de especificidad de los MS. En la óptica leninista ello resulta claro: los MS no deben tener real autonomía y los contenidos concretos de sus prácticas y planteos son valorados con un criterio ajeno a la lógica y los intereses de los grupos particulares que ellos representan. En la visión movimientista son los actores políticos los que tienden a perder consistencia. Ellos deben desaparecer o subordinarse a los MS

(según las versiones), con lo cual termina anulándose la distinción entre la esfera social y la política. La consecuencia es que los MS se convierten de hecho en actores políticos y, por lo tanto, se encuentran progresivamente sujetos a las dinámicas de especialización y burocratización organizacional que los movimientistas, usualmente, emplean como argumentos en sus críticas a las instituciones políticas en general y a los partidos en particular.

Ambas perspectivas ofrecen a los MS marcos de referencia para su autocomprensión y acción que tienden a disolver toda distinción entre la esfera de lo social y el espacio de lo político. Por vías diversas se arriba a un mismo punto que conduce, en última instancia, a una comprensión de los MS como actores que, en definitiva, tiene su centro de gravedad y referencia exclusivo en la esfera de lo político (lo público). En efecto, ambas perspectivas con sus respectivas variantes, tienden a centrar toda la apuesta y el rol de los MS en su función de presión sobre el campo político (parlamento, estado, partidos).

Así los MS compiten o se complementan, según las visiones, con los partidos políticos, pero carecen de un ámbito de desarrollo propio desde el cual fundar sus potenciales incursiones en el espacio comunicativo público. Las coincidencias entre ambos modelos de interpretación de los MS surgen fundamentalmente de compartir ciertos modos de entender lo político desde perspectivas instrumentalistas (tema que abordo en la sección siguiente).

III. Límites y alternativas culturales de los movimientos sociales

"En los países democráticos, la ciencia de la asociación es la ciencia madre: el progreso de todas las demás depende de ella".

Alexis de Tocqueville - 1835

"La igualdad en contraste con lo que está implicado en la simple existencia, no nos es otorgada, sino que es el resultado de la organización humana, en tanto que resulta guiada por el principio de la justicia. No nacemos iguales: llegamos a ser iguales como miembros de un grupo por la fuerza de nuestra decisión de concedernos mutuamente derechos iguales".

Hannah Arendt - 1951

De acuerdo con el argumento desarrollado en las secciones anteriores, la pérdida de dinamismo, convocatoria y relevancia pública que han experimentado los MS en general, y en especial los "nuevos", en el contexto de la redemocratización uruguaya tiene, entre sus componentes básicos, el manejo de marcos de referencia cultural, para auto-comprenderse y actuar, que no les permiten definir una ubicación específica (diferenciada de otros actores) en el marco de una sociedad abierta. Los modelos culturales que les sirven de referencia no les aportan una adecuada comprensión de posibles roles específicos en una sociedad democrática, lo cual les conduce a subordinarse o pretender sustituir a los mediadores específicamente políticos (los partidos).

Por otra parte, como he intentado argüir antes, esto se agrava en la medida que la sociedad uruguaya dispone de un sistema político, y en particular de un sistema de partidos con alta capacidad de generar adhesión y de representar demandas, lo cual le confiere alta legitimidad global al sistema más allá de las oscilaciones de sus componentes. Esto hace que en el caso uruguayo, a diferencia de otras sociedades latinoamericanas con sistemas políticos con menor capacidad de articulación de demandas y representatividad, los MS no dispongan de una legitimidad derivada de

cumplir por sustitución funciones propias de los mediadores políticos. Los MS han cumplido en varios países del área la función de representación y canalización de demandas de sectores sociales excluidos, total o parcialmente, de la ciudadanía política; lo cual no es un problema significativo en el caso uruguayo.

Es pertinente también considerar un elemento del contexto socio-político que no es exclusivo del caso uruguayo, pero sí tiene particular relevancia en él. Este aspecto adicional es el quiebre del "estado benefactor"; tema que he tocado en otro texto (CASTAGNOLA, 1986b). Sin pretender exhaustividad, es posible establecer que en el debate en torno al tema hay al menos dos aspectos de interés. Por una parte las condiciones de viabilidad de las formas del "estado benefactor" o "providencial" se han alterado sustancialmente por la evolución verificada, tanto a nivel de las dinámicas del capital, como de los mercados de trabajo y los sistemas de expectativas de la población. En segundo lugar, cada vez aparece como más relativa la eficacia de las políticas implementadas por este tipo de estados para lograr los fines que se proponían: hay un rendimiento decreciente de las inversiones en servicios sociales, educativos, etc. Estos dos aspectos se verifican tanto en el ámbito de las sociedades occidentales que constituyeron sus "Welfare States" como en la versión de la Europa oriental regida por estados con planificación centralizada.

En el caso uruguayo no se puede hablar con propiedad de la constitución de un "estado benefactor", ya que en los años en que éstos se estructuran y adquieren consistencia (sobre todo en la segunda postguerra), Uruguay comienza, precisamente, la declinación de su sistema de previsión y asistencia social. Por ello es un anacronismo hablar de un Welfare

Satate en el sentido estricto. Sin embargo, es claro que Uruguay logró durante las primeras décadas del siglo, desarrollar un estado que ofrecía un conjunto de prestaciones sociales y con políticas asistencialistas institucionalizadas. Ello permite que a menudo se emplee metafóricamente la expresión "estado benefactor" para caracterizar esa impronta que ha perdurado con deterioros, hasta hoy. Esto es relevante en la medida en que, por una parte, los MS en Uruguay y en otra serie de países, nacen y se desarrollan en el marco de una sociedad con estados con fuertes tendencias más o menos distribucionistas e igualitaristas según los casos; lo cual signó los estilos de acción de los MS y sus marcos de referencia culturales para definir roles. En la actualidad, parece cada vez más claro que esas condiciones están dejando de existir, por lo cual los MS, hoy y sobre todo hacia el futuro, deben actuar en un marco social con otras características y con horizontes de expectativas diversos a los de las décadas anteriores. Lo que en los años 60 era confianza en la ilimitada bondad y potencialidad del desarrollo industrial se ha trocado en los 80 por desconfianza acerca de los efectos ambientales y sociales de la producción industrial, y por la cada vez más clara conciencia de lo limitado de los recursos naturales y del carácter irreversible de ciertas agresiones al ecosistema producidas, precisamente, por las políticas de crecimiento económico que sustentaron el desarrollo social y el "estado benefactor" que floreció en los años 60. Para que se extendiera esta percepción han sido y son hoy centrales los nuevos movimientos sociales, también llamados alternativos (como los ecologistas o antinucleares), ya que, como he señalado hace algún tiempo: *"El mensaje último, en el plano cultural, de estos movimientos alternativos, es que ya no puede pensarse el futuro en los términos en que pensamos*

nuestro pasado". (CASTAGNOLA, 1986a).

Todo esto hace que el contexto social y político en el cual deben insertarse y actuar hoy los MS sea distinto, tanto del período autoritario reciente como de la democracia uruguaya de las décadas previas al golpe de estado de 1973. En efecto, por una parte, como es obvio y ya he señalado, la redemocratización cambia las condiciones del juego de los actores sociales y políticos. Por otra parte, el país ha cambiado sustancialmente respecto de lo que era en los años 70 (se han procesado significativos cambios en la estructura de estratificación, en la distribución del ingreso, en el mercado de trabajo, en el consumo cultural, etc.), así como cambió el mundo en el cual el Uruguay se inserta.

El conjunto del análisis que he propuesto en las páginas anteriores conduce a señalar la exigencia que tienen hoy los MS de elaborar marcos de referencia y pautas de acción que tengan en cuenta las características presentes de las sociedades en las cuales se encuentran, así como la especificidad de su ubicación y potencialidades en el contexto de una sociedad democrática. En virtud de esto, y en particular de lo segundo, concluyo con cuatro breves observaciones relativas a algunos supuestos implícitos en los modelos culturales dominantes en los MS, y posibles supuestos alternativos. No pretendo exhaustividad ni una exposición sistemática, lo cual exigiría un texto específico dedicado enteramente al tema, sino señalar elementos para el debate necesario en torno a los supuestos y marcos de referencia culturales de los MS en una sociedad democrática. Estos cuatro tópicos, sin embargo, tienen estrecha conexión entre sí, por lo tanto el orden en el que aquí los enumero no tiene significación mayor; en realidad se encuentran mutuamente referenciados; de cada uno de ellos se puede llegar a

tematizar los otros.

1. Los MS no deben entenderse meramente, o primordialmente, como grupos de presión, sino como expresión de la pluralidad de grupos, intereses y competencias sociales que se generan en una comunidad. Como he indicado en la sección anterior, los dos modelos dominantes en los marcos de referencia cultural de los MS tienden a considerar como función exclusiva o primordial de los MS el operar como mecanismos de presión sobre la esfera política y en particular la estatal. Para el modelo leninista, como fue dicho, ellos son instrumentos que colaboran a la estrategia del "partido de vanguardia" que tiene como fin la influencia y el control del estado. En el modelo movimientista los MS asumen la presión sobre el estado y la esfera política como función básica, en virtud de la convicción implícita de que ellos son los genuinos mediadores que expresan la voluntad colectiva "sin distorsiones". Esto, como he señalado en la sección anterior, disuelve la especificidad los MS frente a los actores propiamente políticos.

Frente a esto es posible sustentar una comprensión alternativa de los MS enfatizando su especificidad como base para pensar sus posibles roles y lugares en una sociedad democrática. Esta especificidad se encuentra en ser expresión de las formas de asociación que se generan en la sociedad civil a partir de la diversidad de intereses, preocupaciones y situaciones sociales que constituyen la trama de una sociedad. Según esta óptica la legitimidad de los MS no deriva de la cantidad de población que representan tanto como de su capacidad de expresar las experiencias, puntos de vista y problemas de un grupo o sector específico y particular de la sociedad. La resolución del problema de la representatividad de mayorías y minorías es propia de la esfera

política, del cuerpo político constituido por los ciudadanos, cuyos mediadores son los partidos. Así para una sociedad democrática los MS deben ser la manifestación de la diversidad social, y por lo tanto, no debe exigírseles ni una comprensión global de la sociedad ni posiciones acerca del conjunto de temas que conforman la agenda política en un momento determinado. En este sentido los MS son la expresión básicamente, de intereses, inquietudes y experiencias que surgen en la esfera de lo privado. De esta nota básica, que define su especificidad, deriva su función de introducir innovación al debate de la esfera de lo político (aquello que es asumido como de interés público en un momento determinado). *En este sentido los MS en una sociedad democrática contribuyen a la redefinición permanente del debate político: introduciendo temas, problemáticas, puntos de vista y experiencias de gestión u organización social en torno a problemas de grupos particulares (privados) que tienen un potencial interés público (político).* En otros términos, *los MS tienen como especificidad el constituir formas de asociación en virtud de intereses que tienen su origen en la esfera privada y conforman laboratorios de formas de gestión, organización y de pensamiento en torno a aquéllos.* En la medida en que expresan esta especificidad es que se constituyen como grupos de presión, como forma de comunicar a la esfera política (pública) sus puntos de vista y experiencias. El rol de grupos de presión es, entonces, derivado de aquel carácter básico específico; y no constituye, desde esta perspectiva, su función primordial o su razón de ser.

2. Los MS son la manifestación o expresión de sujetos colectivos preconstituidos con una existencia propia más allá de las articulaciones concretas que resultan en cada caso. Por el contrario, la comprensión de los MS desde una cultura política democrática, supone que ellos son el producto de formas de asociación que se conforman por agregación

de voluntades colectivas surgidas de la esfera privada y, por lo tanto, intrínsecamente mutables y transformables. No obedecen a esencias permanentes en la historia, sino a la capacidad creadora de la acción humana; a su capacidad para iniciar algo nuevo a partir de la posibilidad de imaginar y transformar efectivamente lo existente. Como ha señalado Hannah Arendt: *"una característica de la acción humana es la de que siempre inicia algo nuevo y esto no significa que siempre pueda comenzar ab ovo, crear ex nihilo. Para hallar espacio a la acción propia es necesario antes eliminar o destruir algo y hacer que las cosas experimenten un cambio. Semejante cambio resultaría imposible si no pudiésemos eliminarnos mentalmente de donde nos hallamos físicamente e imaginar que las cosas pueden ser también diferentes de lo que en realidad son"*.(ARENDT, 1973, p13) Si esto no fuera así no existiría efectivamente la libertad humana, sino que sería una mera "capacidad de maniobra" sujeta a una "necesidad histórica".

Por el contrario, una sociedad democrática se funda en la confianza en esa capacidad creadora de la libertad humana y, por lo tanto, en ella los MS deben ser expresión de esa capacidad de desestructurar y transformar los horizontes mentales y materiales de la sociedad mostrando nuevos temas y problemas, modos nuevos de resolver viejos problemas, nuevas exigencias, posibilidades y necesidades. Y ello es posible, precisamente, porque las voluntades colectivas no existen previamente a la asociación concreta de los sujetos, sino que se conforman y se modifican en la acción colectiva.

3. La democracia no se define tanto por ser un mecanismo político para la resolución de demandas sociales, como por permitir la permanente creación de nuevas demandas y necesidades. En el marco de una cultura política democrática y en coherencia con lo indicado en 1 y 2, es necesario establecer que un sistema político democrático no puede evaluarse y concebirse únicamente por su capacidad de responder a demandas

sociales, en la medida que esas demandas cambian y se transforman históricamente. Como se indica en 2, los MS son precisamente actores relevantes en una democracia porque expresan la diversidad de los intereses y las experiencias sociales y su constante renovación. Son testimonio de la capacidad creativa de la acción humana y de la productividad del debate social, que determinan que el universo de las necesidades sea abierto. *Ese carácter creativo de la acción humana, que los MS testifican, hace que la democracia deba pensarse básica y primeramente como una modalidad de regulación política que, al partir del pluralismo social e intentar reproducirlo* (Cfr. CASTAGNOLA, 1985), *busca la creación de nuevas demandas y necesidades sociales. Esa es la virtud básica de la política democrática: su capacidad de estar abierta a lo nuevo, a la recreación y transformación permanentes del sistema de necesidades que una comunidad define como fundamentales y de interés público (político).*

4. Una comprensión de los MS en el marco de una cultura política democrática supone que éstos abandonen una visión instrumental de su propia acción (en función del modelo medios-fines). En efecto, hasta el presente, los modelos culturales que sirven de fundamento a los MS y su acción se orientan de acuerdo con una perspectiva finalista o instrumental de la acción social y política. Esta forma de entender la vida social y política obedece a una transposición de modelos mentales extraídos de la actividad bélica, alimentada y reforzada durante los últimos siglos por el pensamiento científico-técnico triunfante en occidente. Maquiavelo y Hobbes constituyen dos pensadores relativamente importantes en la elaboración sistemática de paradigmas de pensamiento político fundados en el modelo medios-fines. De ello deriva en buena medida el fuerte acento que el pensamiento y la ciencia política han dado a la reflexión acerca del Estado en tanto instrumento para mantener o cambiar

un orden social. Se piensa en el *estado instrumento*, y en virtud de ello se concibe a los MS como agentes que deben lograr influencia sobre esa institución capaz de imponerse a la sociedad para dirigirla.

Una comprensión de los MS en la dinámica democrática requiere apelar, como fundamento cultural, a un *modelo comunicativo de la acción social* cuyos supuestos básicos obedecen a una añeja tradición cultural que viene de las Ciudades-Estado atenienses, y se trasladó al pensamiento político latino, que la recoge cuando habla de la *civitas* como su forma de gobierno. Para esta tradición, el poder y la ley no se fundan en la relación mando-obediencia, ni en el modelo medios-fines. La perspectiva instrumental, antes comentada, es sustituida en este paradigma de pensamiento por una concepción comunicativa de la acción y una comprensión del poder como capacidad configuradora que resulta de aquella. El poder corresponde " ... a la capacidad humana, no simplemente de actuar, sino de actuar concertadamente. El poder no pertenece a un individuo; pertenece a un grupo y sigue existiendo mientras que el grupo se mantenga unido". (ARENDDT, 1973, p. 146). Así el fenómeno básico del poder no es, como en la visión instrumental de la acción, la instrumentalización de una voluntad ajena para lograr ciertos fines, sino la confirmación de una voluntad común a partir de la capacidad de comunicación existente entre los sujetos. *La capacidad de dar forma a la sociedad deriva de la capacidad de los hombres de establecer concertación de voluntades; y las voluntades colectivas así constituidas no son el mero producto de la coincidencia o suma de voluntades individuales, sino que los procesos de conformación de acuerdos suponen comunicación y debate que hacen nacer iniciativas, intereses, preocupaciones nuevas. En otros términos: el proceso de conformación de voluntades colectivas es complejo, se sustenta en la comunicación y el debate, y*

tiene una capacidad configuradora de elementos nuevos que no son comprensibles a partir del modelo instrumental de la acción".

Estas cuatro observaciones, a pesar de su nivel de generalidad o abstracción en algunos puntos, son en mi opinión centrales para una comprensión de los MS desde una cultura política democrática y para lograr que ellos desarrollen un fundamento cultural consistente, capaz de dar lugar a formas de adhesión y lealtades en el contexto de una sociedad abierta. Bajo gobiernos autoritarios los MS tienden a generar adhesiones en virtud de una lógica de oposición a la autoridad, al poder estatal que tiende a ser omnipresente. En condiciones democráticas esa lógica se torna inoperante y es irrelevante para la sociedad (no aporta nada nuevo); por el contrario, se exige a todos los actores una capacidad configuradora de propuestas, iniciativas y lenguajes acerca de lo social, a partir de las especificidades de cada uno de ellos. En mi opinión, si los MS no asumen esto como desafío pueden llegar, precisamente, a ser irrelevantes al perder su especificidad.

BIBLIOGRAFIA

ARENDDT, Hannah (1973). *La crisis de la república*. Madrid, Taurus.

ARENDDT, Hannah, (1982). *Los orígenes del totalitarismo*. Madrid, Alianza.

CAETANO, Gerardo / RILLA, José Pedro, (1985) "El sistema de partidos, raíces y permanencias", en *De la tradición a la crisis*. Montevideo, CLAEH-Banda Oriental, Col. Argumentos Nº 3.

CASTAGNOLA, Jose Luis, (1985) "Comunicación, democracia política y sociedad civil", en *Cuadernos del CLAEH*, 2da. Serie, Nº 33, págs. 5-26, Montevideo.

CASTAGNOLA, Jose Luis, (1986a) "Movimientos alternativos. Ni antojadizos ni relevantes", en *Cuadernos de Marcha*. Tercera Epoca, Nº 10.

CASTAGNOLA, Jose Luis (1986b) "Participación y movimientos sociales", en Cuadernos del CLAEH, 2da Serie, Nº 39, págs. 65-79, Montevideo.

EVERS, Tilman, (s/f) Identidad: el lado oculto de los nuevos movimientos sociales, Montevideo. CLAEH, Serie Materiales para el debate contemporáneo, Nº 1.

GARGIULO, Martín (1986) "La izquierda política y sindical en el Uruguay post-autoritario" en Cuadernos del CLAEH, 2da Serie, Nº 38, págs. 17-45, Montevideo.

GONZALEZ, Luis. E (1986) "Los partidos políticos y la redemocratización" en Cuadernos del CLAEH, 2da Serie Nº 37, págs. 25-56, Montevideo. KANT, Emmanuel (1978) Filosofía de la historia. México, Fondo de Cultura Económica.

LECHNER, Norbert (1984) Problemas de la cultura política en la teoría democrática. Santiago de Chile. FLACSO.

MANNHEIM, Karl (1958) Ideología y utopía. Madrid, Aguilar.

PEREZ, Romeo (1984) "Los partidos en el Uruguay moderno", en Cuadernos del CLAEH, 2da Serie, Nº 31, págs. 63-79, Montevideo.

REAL DE AZUA, Carlos (1984) Uruguay ¿una sociedad amortiguadora? Montevideo, CIESU-Banda Oriental.

SOLARI, Aldo, (1967) El desarrollo del Uruguay en la postguerra. Montevideo, Alfa.

TOURAINÉ, Alain (1980) L'après socialisme. París, Grasset.

TOURAINÉ, Alain / WIEVIORKA, Michel / DUBET, Francois, (1984) Le mouvement ouvrier. París, Fayard.

WITTGENSTEIN, Ludwig (1973) Tractatus Logico-Philosophicus. Madrid, Alianza.

RESUMEN

El presente artículo, se centra en la discusión de algunos componentes culturales que el autor considera centrales para comprender la dificultad que evidencian en la actualidad los movimientos sociales para redefinir sus pautas de acción y su discurso en el nuevo contexto democrático. Todo ello asume como punto de partida e intenta, a la vez, fundar la tesis de que un aspecto central de la pérdida de dinamismo y convocatoria de los Movimientos Sociales en situaciones postautoritarias está constituido por la carencia de un marco de referencia cultural.

ABSTRACT

The present paper focuses on the debate of some cultural components that the author considers essential in order to understand the difficulty that the social movements shows today to recreate their actions in the new democratic context. The author tries to defend the thesis that a central aspect of the lost of dynamism of the social movements in postauthoritarian situations is based in the absence of a cultural reference.